

Tsunami

Exigencia de conversión

Cuando el domingo 26 de diciembre me enteré de la tragedia, me quedé sin palabras. Una idea me vino a la mente con fuerza: qué decir en la homilía de fin de año, cuando se suele dar gracias a Dios por el año que termina, y solo se me ocurrió guardar silencio. En este comentario, voy a decir unas breves y modestas palabras, sin duda limitadas y, algunas, también imprecisas, pues escribo diez días después de la tragedia. En primer lugar, recordaré algunos datos y después haré algunas reflexiones sobre el ser humano y sobre Dios, acompañadas de breves palabras de la tradición de Jesús.

Algunos datos

Vivimos en un mundo plagado de crueldad por terremotos e inundaciones, y por lo que hacemos los seres humanos, Hiroshima hace medio siglo, República del Congo, Afganistán e Irak estos días. Y, sin embargo, el *tsunami*, quizá por aparecer con mayor detalle en televisión, muchas veces en directo, nos sacude como algo realmente cruel. El cadáver de un hombre que, cuando se fueron las olas, queda empotrado en una roca, un matrimonio que tiene que elegir entre salvar a uno de sus dos hijos, los miles de cadáveres echados, sin muchos miramientos, a fosas comunes dicen más que mil palabras.

Algunos hablan de la mayor catástrofe natural de los últimos tiempos, aunque otros recuerdan el terremoto en China, el siglo pasado, con alrededor de medio millón de muertos. En cualquier caso, estamos ante una descomunal catástrofe.

Los datos no son precisos, pero se habla de alrededor de 160 mil muertos (unos 300 000 mil a finales de enero), más miles de desaparecidos, un número que pudiera doblarse si brotan epidemias. La zona que arrasó el maremoto es muy amplia, unos cinco mil kilómetros de costa, y muy pobre. Algunos de esos lugares son de los más pobres del planeta. El número de damnificados que se han quedado sin nada alcanza los 5 millones, y una tercera parte son niños. La tragedia es total. Muchos se han quedado sin padre, sin madre, sin hijos, sin hijas, sin esposo, sin esposa, sin hermanos, sin hermanas... Sin casa, sin cama, sin ropa, a veces sin tener donde ir...

Se necesitan urgentemente alimentos, medicinas y agua potable, pero el acceso a los damnificados no es fácil. Muchas de las carreteras están en muy mal estado, y el lodo hace difícil transitar por ellas. Pasa el tiempo y muchos no pueden esperar más.

Surgen graves problemas humanos, como reconocer los cadáveres, y también problemas legales, como verificar la identidad de algunos cadáveres y de los desaparecidos. Y se agudizan los sufrimientos: cómo llegar a aceptar que los desaparecidos no aparecerán —tragedia que tan en carne viva se vivió en El Salvador, durante la represión y la guerra—.

La necesidad hace que brote también la crueldad, fruto de la desesperación. Hay pillaje para sobrevivir. Y según algunas fuentes noticiosas, se buscan cadáveres para arrancarles las alhajas o para

entregarlos, por dinero, a sus familiares. Alrededor de un millón de niños están en peligro de hambre y enfermedades, y pueden caer en manos de traficantes, ser objeto de abusos y secuestros para ser vendidos —lo cual ya ocurre en algunas regiones del sudeste asiático—.

La realidad es, pues, dantesca. En lenguaje cristiano, los pueblos del sudeste de Asia son realmente “pueblos crucificados”, “el siervo sufriente en nuestros días, desfigurado, sin apariencia, cargando con nuestros males” (Is 52, 13 - 53, 12). Para todos, y ciertamente para los cristianos, debe ser una sacudida a desvivimos para bajarlos de la cruz. Sin ello, vanas habrán sido las celebraciones en los templos, en estos días navideños, y macabras son, por lo menos irresponsables, las celebraciones, festivas, cuando no obscenas, el fin de año.

Ante esos pueblos crucificados, no hay palabra, pero debiera haber “veneración”. Y si se nos permite la audacia, hay que tener la actitud del centurión romano a los pies de la cruz de Jesús: “Verdaderamente, éste era Hijo de Dios” (Mc 15, 39). “Verdaderamente, estos hombres y mujeres, estos niños y ancianos, son hijos e hijas muy queridas de Dios”.

Como toda catástrofe —así como también los cementerios—, el *tsunami* ofrece una radiografía de nuestra realidad; es decir, hace visible, o al menos más visible, lo que en el día a día mantenemos invisible. Ahora nos queremos fijar en una sola cosa: el contraste insultante que existe entre los seres humanos en este planeta y en este siglo XXI, el cual, en la propaganda, es el apogeo de la democracia y la prosperidad.

Es normal que europeos y norteamericanos pasen sus vacaciones en lugares bellos, exóticos y a precios asequibles, y muchos de ellos estaban en el sudeste de Asia. Para comprender a nuestro mundo, sin embargo, hay que caer en la cuenta de que eso es todo menos normal, porque no ocurre al revés: dalits, tais y tagalos no pasan vacaciones en Boston, Madrid o Londres. Y nadie se extraña. El mundo es mucho más de y para unos que de y para otros. Eso es lo normal.

Las noticias han informado de los centenares —o algunos miles— de muertos y desaparecidos del primer mundo. Hablamos de ello con sumo respeto y suma delicadeza, pero algo hay que añadir. La televisión ha mostrado muchas escenas de hospitales donde se recuperan los supervivientes euro-

peos, y, proporcionalmente, le han dedicado mucho más tiempo a esos europeos que a la suerte de miles de heridos y damnificados del lugar. Dicho todavía con mayor crudeza, según escribe J. I. González Faus, “se oye que Suecia ha hecho desenterrar cadáveres ya inhumados ante la amenaza de epidemias, para buscar a sus propios ciudadanos fallecidos”. ¿Y los demás?

Que la televisión de Europa y Estados Unidos actúe así, no sorprende, pues a eso nos tienen acostumbrados. Pero hay que caer en la cuenta de que, de esa forma, los medios no comunican lo más real de lo real. Y tampoco acaba de desaparecer el presupuesto con el cual opera la industria de la información: la verdadera noticia tiene como protagonista a “nuestro mundo occidental, democrático, industrial y próspero”, en definitiva, “a nosotros”. Según una modesta revista de misiones, el secuestro de un blanco puede tener el mismo valor mediático que la suerte que pueden correr diez mil africanos. Es el encubrimiento de la realidad que denuncian Pablo (Rom 1, 18ss) y Juan (Jn 8, 44), y del que pudiera sospechar cualquier ser humano, encubrimiento que, en este caso, no es tan burdo como el que se opera en Irak, El Congo o, antes, en El Salvador. En conclusión, en occidente existe —en buena medida— “libertad de expresión”, pero hay grave déficit de “voluntad de verdad”.

Y con el *tsunami* aparece también algo que es criticable, pero que se mantiene como dogma incuestionable: el destino de occidente es el buen vivir y el de los países pobres es ayudarles a ese buen vivir. De este modo, los países pobres son los que “salvan” a los países “ricos”. Y ese destino es, además, manifiesto. Se impone por sí mismo. No necesita justificación.

“Salvación” son las materias primas de las que con frecuencia occidente se apodera violentamente —en la República Democrática del Congo se apoderan ahora del coltán, escenificando para ello una guerra que ha causado cuatro millones de muertos, en seis años—. Y “salvación” son los lugares de turismo a bajo precio.

Hoy se habla de “la industria del turismo”, que prospera para favorecer a los ricos, aunque de ella viven también, como mano de obra barata, muchos pobres. Estos se alegran de que exista tal turismo, y quieren que se reconstruyan cuanto antes hoteles y balnearios destruidos, lo cual es absolutamente comprensible. Pero no deja de dar algo —o

mucho— de vergüenza que la humanidad no haya puesto a funcionar su inteligencia para encontrar soluciones más justas, más fraternas y solidarias a los problemas de los países pobres, que también en el turismo se imponga el capitalismo, antes que cualquier otra consideración humana. Las maquilas son otro ejemplo. Y queda la pregunta, ¿es más importante construir hoteles para turistas extranjeros que viviendas para los pobres?

Además, el primer mundo tiene recursos, conocimientos y tecnología para minimizar las consecuencias de las catástrofes en los países pobres. El terremoto de El Salvador de 2001 ocasionó alrededor de 1 150 víctimas, y los expertos dijeron que en Suiza solo hubieran sido 5 o 6. Ahora, en Europa, parece que hubo agencias de viajes que tenían información sobre posibles *tsunamis* en el sudeste asiático, pero no consideraron suspender los viajes y poner en peligro sus negocios. Algo se sabía, pues, de lo que se avecinaba. Es una muestra más del déficit de ética de occidente, en su relación con el sur. Esto se ha querido reparar en la reunión de Yakarta. Ojalá sea así.

En definitiva, lo que es bien sabido, pero ocultado con mucho cuidado, vuelve a salir a la luz en el *tsunami*. El lenguaje es, de nuevo, religioso, pero no hay otro mejor, pues el de occidente es pálido, cuando no encubridor: los pueblos pobres son los que *siempre* cargan mayoritariamente con los males de este mundo. En lenguaje paulino “son los que completan en su carne lo que falta a la pasión de Cristo” (Col 1, 24).

Hay promesas de ayuda. Naciones Unidas habla de una ayuda sin precedentes: 3 500 millones de dólares —y ojalá los expertos sepan cómo administrarla del mejor modo posible—. Australia ha ofrecido 750 millones, Japón 500, la Unión Europea 350.

Lo de Estados Unidos merece mención especial. El presidente Bush mantuvo silencio durante los tres primeros días, y después ofreció 15 millones —las celebraciones de su toma de posesión presidencial costarán unos 40 millones—. Para entonces, la Conferencia Episcopal de Estados Unidos ya se había comprometido a recoger 25 millones. Bush tuvo que superar la cifra y ofreció 35 millones. El *New York Times* lo tildó de “mezquino”, y ahora ofrece 350 millones. Recuérdese que la guerra en Irak ha costado ya más de 150 mil millones de dólares, y el Congreso espera que la Casa

Blanca solicite este año de 80 a 100 mil millones adicionales para las operaciones militares, en Irak y Afganistán.

Por lo que toca a España, el 90 por ciento de la ayuda oficial, 48 millones de euros, unos 62 millones de dólares, serán créditos del Fondo de Ayuda al Desarrollo, y solo 5 millones de euros, unos 6.5 millones de dólares —el 10 por ciento—, serán donación, como ha denunciado Intermon Oxfam.

Los grandes se han mostrado educados —y algunos suponemos que sinceramente consternados— ante la catástrofe. Pero han dicho cosas que no se deben decir. Según el analista Bigio, “el 28 de diciembre Blair consideraba que estos hechos no ameritaban que suspendiera las vacaciones”. Esperamos que quien esto escribe no esté bien informado, aunque no se puede dudar de lo que añade: “la ayuda que daba su país, el reino Unido, a los damnificados era inferior a lo que costó un misil en la guerra de Irak”.

En la reunión de Yakarta, Colin Powell, Ministro de Relaciones Exteriores de Estados Unidos, dijo que, aunque ha estado en situaciones y guerras muy duras, nunca había visto tamaña tragedia —lo cual suena a sarcasmo cuando él es co-responsable político de los horrores de Afganistán e Irak, directamente causados por su país—. Y cuando, como ayuda a la tragedia del *tsunami*, su país, en un primer momento, solo había ofrecido una ayuda equivalente a una hora de bombardeos contra Bagdad.

Oigamos a Jesús: “Los reyes de las naciones gobiernan como señores absolutos, y los que ejercen la autoridad sobre ellas se hacen llamar Bienhechores; pero no sea así entre ustedes” (Lc 22, 25s).

Terminamos con el lado humano de la ayuda. En el primer mundo, muchas personas están siendo generosas, aunque no puede faltar la contumaz codicia de los bancos, que no perdonan las tarifas que cobran por hacer transferencias ni siquiera ante esta catástrofe. Recuerda lo que dice Jesús en la parábola del ricachón y del pobre Lázaro. Estas cosas no cambian, “ni aunque un muerto resucite” (Lc 16, 31).

Lo mejor de la solidaridad lo han mostrado personas y colectivos, médicos que han trabajado veinticuatro horas al día, bomberos que ayudan en lugares peligrosos, los topes mexicanos expertos en

buscar supervivientes entre ruinas, y así muchos otros... Y cuentan que varios de los europeos que han ido a buscar a sus familiares se han quedado para ayudar. Son el buen samaritano, que no dio un rodeo ni permaneció insensible ante las víctimas, como hace normalmente nuestro mundo.

Parece que las iglesias también han quedado impactadas, y han tenido que leer, como por necesidad, y poner en práctica “la parábola del buen samaritano” (Lc 10, 29-37). Juan Pablo II, que casi no puede hablar, sí ha hablado diariamente del *tsunami* y de la obligación de ayudar a las víctimas —así como ha criticado permanentemente las catástrofes históricas, las dos guerras de Irak, la de Afganistán—. Y hay muchas iniciativas generosas entre cristianos y otros hombres y mujeres de las diversas religiones.

Mucha gente —no necesariamente los gobiernos— está actuando según la advertencia del evangelio: “que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu mano derecha” (Mt 6, 3) —aunque en estos casos no suele ser mala cosa que se sepa lo que dan unos para que todos se animen a ayudar, aunque no sea más que por pudor—. En cualquier caso, mucha solidaridad permanecerá anónima, y será más valiosa y humana. Como dice Jesús, “queda en lo secreto, y tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará” (Mt 6, 4).

Lo que no se escucha tan claramente es otra palabra de Jesús, cuando miraba a quienes echaban limosnas en el templo: “los de la bolsa llena, han dado de lo que les sobra, pero esta mujer, la de los centavitos, ha dado de lo que necesitaba, todo cuanto tenía para vivir” (Lc 21, 4). Lo primero es ayuda, lo segundo es solidaridad. La mujer ha reaccionado desde el fondo de su ser. Lo que aquí está en juego es si el primer mundo se deja afectar a fondo por el sufrimiento de los pobres, sin analgésicos para que no duela, sin limosnas que apaguen la voz de la conciencia, sin somníferos que hagan olvidar. Está en juego la solidaridad y la vergüenza humana.

Hay gente, ciertamente, que se ha dejado afectar por la tragedia, y ésta les ha podido cambiar “en lo escondido”. Quizás tienen ahora nuevos ojos para ver lo que no veían antes, una razón lúcida para dejar de verse como centro de la humanidad, y una razón compasiva, un corazón nuevo —de carne— para superar la insensibilidad del corazón de piedra. Eso va más allá de la ayuda que dan.

Cuántos y cuántas se han dejado afectar así, no se sabe. Pero en ellos está la esperanza para enrumbar humanamente a nuestro occidente egoísta, en solidaridad con los pobres de este mundo y en el modo humano de vivirla.

Algunas reflexiones

¿Qué es lo más real tras todos estos datos y cifras? ¿Qué es lo que más nos exige esta realidad? ¿Puede surgir de ella algo bueno? Digamos una palabra sobre ello, dando la palabra a los que viven en lugares de catástrofes.

Sea lo primero apuntar al dinamismo con el cual nos debemos encarnar: *tragedia, sufrimiento, compasión y esperanza*. Y para ello, valga por muchos testimonios lo que nos escribe el 29 de diciembre un gran amigo de la India, Felix Wilfred, sacerdote y conocido teólogo que vive en Madrás:

No hay palabras para describir la magnitud de la tragedia, con la pérdida de tantas vidas preciosas y tantos destrozados materiales. La gente está inconsolable. La mayoría de las víctimas han sido mujeres y niños. La noche del mismo día del *tsunami* enterré a un niño de dos meses. Se le cayó de las manos a su mamá, cuando ésta tropezó tratando de huir de las gigantes olas. Fue tragada por el mar.

He visitado varios poblados de la costa y he visto escombros por todas partes, lanchas y *catamarams* hechos pedazos, y cadáveres sobre la arena de las playas. En un hospital cercano, los quejidos y el llanto de la gente, al reconocer los cuerpos de sus seres queridos, partían el alma. Por temor a quedar atrapados por otra tragedia, durante la noche, mucha gente de los tugurios está durmiendo aquí, en el campus de la universidad, en un lugar un poco elevado sobre el nivel del mar.

Muchos grupos y organizaciones de voluntarios trabajan sin cesar. Incluso 48 horas después del desastre, han podido arrancar al mar, vivos, a varios niños.

A pesar de tanta tragedia, Dios nos concede el don precioso del tiempo. Nos podemos preocupar de los demás y dar esperanza a las víctimas. Esperanza y consuelo es lo que en este momento más necesitan las víctimas. Que el nuevo año sea para todos un año de esperanza y consuelo.



Este es el dinamismo en que todo ser humano debe insertarse. Es el dinamismo de la gente buena a lo largo de la historia, y el de aquel Jesús “que pasó haciendo el bien, curando, consolando a afligidos...” (Hech 10, 38).

Puede parecer increíble, sin ninguna lógica —y pensarán algunos que solo “hacemos de la necesidad virtud”—, pero es verdad. En medio de esas inmensas tragedias surge la vida con una fuerza incomparable. Me impactó ver, una semana después de la tragedia, a unos muchachos jóvenes de Sri Lanka, reconstruyendo una pequeña vivienda y sonriendo. Desde India escriben que la primera solidaridad ha sido entre las mismas víctimas, sin distinción de religiones, hindú, cristiana, budista. Los “pueblos crucificados” son portadores de vida, como el siervo sufriente de Yahvé.

Para “conceptualizar” esta decisión en favor de “vivir” y de vivir “todos”, durante el terremoto de El Salvador en 2001, se me ocurrió llamarla “santidad primordial”: el desfile de gentes tratando de sobrevivir, mujeres con “los restos de la casa” sobre su cabeza y con niños agarrados de sus manos, otras mujeres cocinando y compartiendo lo poco que el terremoto había dejado, hombres removiendo con baldes montañas de tierra para rescatar a seres humanos soterrados... La misma sensación tuve al ver a la gente de Mozambique con las manos levantadas hacia helicópteros que sobrevolaban la isla, y que eran el único medio de salir de ella, después de la gran inundación que sufrieron ese mismo año.

Pienso que en esas situaciones estamos ante algo último, que con gran facilidad se pasa por alto en los países de abundancia. Si se me permite una palabra un poco más técnica, sobre esa santidad no se pregunta uno qué hay de libertad o de necesidad, de virtud o de obligación, de gracia o de mérito. Obviamente, no tiene por qué ser la santidad que va acompañada de virtudes heroicas —exigida en las canonizaciones—, sino la que se expresa en una vida heroica, en lo cotidiano. Esos hombres y mujeres no hacen milagros, entendidos como violación de las leyes de la naturaleza, pero dicho sin ninguna retórica, hacen milagros, que violan las leyes de la historia: el gran milagro

de sobrevivir en un mundo —y ahora en una naturaleza— que les es muy hostil.

Algo parecido he leído en una entrevista que le acaban de hacer a Ignasi Carreras, director durante diez años de Intermon Oxfam. Con mucha ciencia acumulada dice que “al final siempre son las personas las que salvan las situaciones más terribles”. Y pone el ejemplo de Jules, de Rwanda. Su historia es espeluznante. Mataron a toda su familia, su mujer y seis hijos, y pasó mucho tiempo completamente ido. Pero volvió al trabajo, justo cuando los refugiados de Goma regresaban a Rwanda, y algunos de ellos eran los asesinos de su familia. Y cuando Ignasi Carreras le preguntó cómo vivía en esa situación contestó: “Mal. Pero soy consciente de que si no soy capaz de perdonar a esta gente nunca podré conciliarme conmigo mismo”.

No sé cómo son las cosas en el sudeste de Asia, pero estoy seguro de que hay mucho de eso que he llamado santidad primordial. Como dice un gran amigo jesuita de Sri Lanka, Aloysius Pieris, en los pobres está la reserva de la vida —y, añade, “la salvación de los ricos” —. Felix Wilfred escribe tras el *tsunami*: “a pesar de su pobreza y la pérdida de todo, las víctimas no han perdido el sentido de dignidad”.

En el evangelio, Jesús da gracias a Dios por ellos. Son los predilectos de Dios, son los que entienden (Lc 10, 21). De ellos es el reino, la vida, el gozo (Lc 6, 20-23).

Digamos, ahora, una palabra sobre Dios. Ante las catástrofes y el mal en el mundo, muchos han

cuestionado a Dios a lo largo de la historia. “¿Puede Dios evitar el mal, quiere evitarlo?”. Con el terremoto de Lisboa de 1775, Voltaire se hizo muy en serio la pregunta. Y no bastan respuestas simples, baratas. En la novela del genial Dostoiweski, *Los hermanos Karamazof*, Iván dice que mientras sufran niños inocentes no le interesa Dios ni su cielo, aunque en él se reparase el sufrimiento de esos niños.

Y también la gente sencilla se hace a veces la pregunta. En medio de la represión de los años ochenta, campesinos salvadoreños preguntaban al sacerdote que les acompañaba: “Cuántas veces no decimos que Dios actúa en nuestra historia. Pero, Padre, y si actúa, ¿cuándo acaba esto? ¿Y tantos años de guerra, y tantos miles de muertos? ¿Qué pasa con Dios?”.

¿Qué hacía Dios durante el *tsunami*? ¿Por qué no lo evitó? Para ser sincero, he de decir que, espontáneamente, me vinieron a la mente las palabras de Yahvé a Job, cuando éste se quejaba de los males que le sobrevenían. Job preguntaba por qué, y Dios le quería cerrar la boca con estas palabras: “¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?... ¿Quién encerró el mar con doble puerta cuando del seno materno salía borbotando?” (Job 38, 4.8). Sin querer ser impertinente, en momento tan trágico, pensé: “No parece que la doble puerta funcionó”.

La fe puede seguir adelante, y muchas veces sigue adelante. Esa es mi convicción personal. Pero a condición, pienso yo, de no asumir simplistamente a un Dios todopoderoso, siempre y en todo, milagrero, a nuestro servicio, sino de mantenerlo como el misterio del que venimos y hacia el que caminamos con humildad y en oscuridad, aunque en definitiva con una esperanza que, nadie sabe por qué, no muere.

Si se me permite una reflexión personal, pienso que esa fe bien pudiera estar hecha de varios elementos, como lo escribí hace algunos años: El primero es la *indignación*, por causa del sufrimiento humano, dejando que se mantenga irrecuperable algo de esa indignación (que puede ser contra lo que hacen los seres humanos o contra lo que deja de hacer Dios). El segundo es el momento utópico de *esperanza* de que Dios —con o sin poder para superar el mal— tenga poder para mantener al ser humano en su esperanza, “a pesar de todo”, y en su praxis de “revertir la historia”. Por último, la decisión de practicar la justicia y la ternura, y de

caminar en la historia con Dios, humildemente, en oscuridad y con protestas, pero caminando *siempre*. Esto último es lo que, en boca de Miqueas (6,8), dice Dios en uno de los momentos más solemnes del Antiguo Testamento.

Algunos dan un paso más y tienen la audacia de pensar —así lo hacía Monseñor Romero— que el mismo Dios estuvo en Auschwitz, en El Mozote y ahora en India, Sumatra, Sri Lanka, Indonesia, así como Pablo proclamaba que Dios estaba en la cruz de Jesús reconciliándolo todo (2Co 5, 19), y así como Marcos viene a decir que en la cruz Dios sufre en silencio el abandono de Jesús, el Hijo (Mc 15, 34).

En cualquier caso, la fe en Dios no puede ser real, al margen del escándalo del sufrimiento del inocente, sino a través de él. Entonces, puede brotar la fe como milagro inesperado. Más aún, a veces ocurre un milagro mayor: ese Dios inactivo y silencioso sigue produciendo ánimo y esperanza, en medio del sufrimiento. En otra carta de esos días navideños, que viene de otro pueblo mártir, la República del Congo, un compañero jesuita tiene la audacia de poner juntos sufrimiento, praxis, esperanza y Dios:

Ahora estamos celebrando Navidad, en medio de llantos y sufrimientos, de guerras y de sacrificios. El Dios que estamos recibiendo no puede ser indiferente a nuestra situación. Por eso hemos de hacer de nuestras casas, de nuestros colegios, de nuestras parroquias, de nuestros lugares de trabajo verdaderos pesebres, donde Jesús hace brotar la vida, en abundancia. Es la única manera de celebrar dignamente la navidad y de recibir al niño Dios.

¿Y qué significa *para nosotros* no ser indiferentes? Quiero concentrarme en una sola cosa: la “conversión”, sin escapatoria. Y quiero proponerla ante todo como la *metanoia* de que nos habla el evangelio: cambiar de mente (Mc 1, 15). Bien están las ayudas, pero lo que se nos pide es un cambio mucho más profundo y radical.

El término “conversión” está desterrado del occidente próspero y democrático. Y si se me permite una digresión, escuchando noticias de España se oye con frecuencia —después de ofrecer opiniones distintas sobre un tema— una expresión ya consagrada: “el *debate* está servido”, es decir, “el debate se impone”. Ojalá se lleve a cabo como pedía Pablo a la comunidad de Tesalónica: “No extingan

el Espíritu, no desprecien la profecía. Examínenlo todo y quédense con lo bueno. Absténgase de todo mal" (1Tes 5, 19s). Pero —prosigamos—, tras informar de las tragedias que hacemos los seres humanos, el locutor de turno nunca dice: "la *conversión* está servida", es decir, "la *conversión* se impone". Y esa *conversión* es precisamente necesaria. Vuelvo a citar unas palabras de Felix Wilfred.

Temo que la solidaridad de estos días pronto morirá, cuando los medios dirijan su atención a otras cosas.

Y hay otros problemas. Por ejemplo, uno de los doctores preguntaba cómo decir a una superviviente, que ha perdido a toda su familia y que ha quedado sin casa, que debe hervir el agua para beber. Las explicaciones del médico son bien intencionadas y necesarias, pero nos avisan que no hay que convertir a las víctimas en objeto de ayuda y caridad.

Y prosigue.

Lo que he notado es que, a pesar de su pobreza y la pérdida de todo, las víctimas no han perdido el sentido de dignidad. Quieren ser tratadas con respeto. Por eso, cuando personas de la clase media y alta quisieron expresar su solidaridad, regalándoles ropa vieja, en muchos lugares las víctimas no la aceptaron. Los pobres no deben ser tratados como basura...

Lo fundamental sigue siendo cómo canalizar este torrente de simpatía y asistencia para ayu-

dar a las víctimas a que ellas construyan su propio futuro.

El *tsunami* exige *conversión*. Después de perder unas elecciones, Ruiz Gallardón, alcalde de Madrid y miembro del Partido Popular, se preguntó, en el congreso del partido "si habíamos hecho algo mal". Fue marginado por hacer esa pregunta, pero preguntas como ésta —"¿qué hemos hecho mal?"— son las importantes ante el *tsunami*. Expresan que, en verdad, hemos quedado afectados. Si no es así, pronto se perderá el impacto y la ayuda de estos días, los pobres volverán a su "destino manifiesto": desaparecer en un horizonte distante y sin semblante. Y la humanidad seguirá como hasta ahora.

En mi opinión, la raíz más profunda del "mal que hacemos" y de que algo está fallando en occidente es no aceptar a las víctimas, en su propia realidad y dignidad, no dejar que las víctimas construyan su futuro, pues nosotros ya sabemos mejor que ellas cuál debe ser, no estar abiertos a recibir de ellas, sino, a lo sumo, a darles algo, no gozar y alegrarnos de ser hermanos y hermanas con ellas.

En el fondo, la *conversión* tiene que ver centralmente con revertir la ignorancia, la insensibilidad, la prepotencia y el desprecio hacia los pobres de este mundo. Después, por supuesto, viene la ayuda, y ojalá la verdad y la justicia. Y, así, podrá llegar la fraternidad.

JON SOBRINO

San Salvador, 6 de enero de 2005.